

que importe que salga bien o mal, sin que importe qué quieren decir» (p. 83). En paralelo, aspira a casarse con la hija del dueño del astillero, un medio más para instalarse en otro orden y consolidar la creación de un destino.

Lo envuelve una escenografía atemporal, de salas sin cristales, de lluvia persistente, de objetos oxidados, de intemperie. Y lo acompañan seres desinteresados de todo proyecto, desprovistos de esperanza, aparentes supervivientes de su propio oscuro pasado, aislados unos de otros: «Sospeché de golpe, lo que todos llegan a comprender, más tarde o más temprano: que era el único hombre vivo en un mundo ocupado por fantasmas, que la comunicación era imposible y ni siquiera deseable» (p. 123).

Pero todo va siendo inútil, el miedo al vacío que empujó a Larsen a actuar se desliza lentamente paralizando su impulso, adentrándolo en una especie de ausencia: «Por las tardes la soledad y el fracaso se hacían sólidos en el aire helado y Larsen se abandonaba al estupor. Había tenido una esperanza de interés, de salvación y ya la había perdido» (p. 192). Su fracaso final es el mismo que temía al comienzo, y el esfuerzo emprendido, sus acciones, quedan reducidas a un movimiento innecesario. El círculo de desolación se cierra con la muerte esperpéntica de Larsen, reducido a un objeto olvidado sobre la cubierta de un barco, e imagen desacralizada de lo humano. Todavía es subrayado repitiendo entre paréntesis el desenlace con un ligero cambio de perspectiva; el resultado, al fin y al cabo, es lo mismo, da lo mismo: «La vida de los hombres continuaba siendo absurda e inútil» (p. 107). Pero en medio de tan hondo pesimismo entrevemos una tenue luz de afirmación de lo humano, cuando Larsen, arrastrado ya a su final, advierte al sirviente amanerado de la necesidad de defender el respeto propio. Es un leve acto en que brota la solidaridad, la ayuda al otro («te estoy hablando como un padre») invitándole a defender la dignidad del hombre, a pesar de todo.

Con reforzada voluntad elabora Onetti ese descarnado final como símbolo que cierra el valor simbólico de la novela, auténtica y radical parábola existencial. Tan antisartriana, podríamos decir, porque frente al ser haciéndose (*in fieri*) que es el hombre para Sartre, Onetti proclama la inutilidad esencial de toda acción.

Buscador de buscadores fue Julio Cortázar, cuyos grandes protagonistas son perseguidores que viven en crisis, anhelantes de algo al parecer inalcanzable. *El perseguidor*¹⁸ Johnny Carter, un saxofonista de jazz inmerso en un tiempo vital ajeno al cronómetro, vive arrastrado por un sufrimiento que parece incomprensible de un modo convencional. En realidad

¹⁸ Julio Cortázar, *El perseguidor*, en *Relatos* (ver *Bibliografía*). Citaremos por esta edición.

se trata de un vértigo semejante a la náusea sartriana, de una conciencia de vacío, simbolizado por los «agujeros» de la realidad: «descubrir los agujeros (...) todo lleno de agujeros, todo esponja, todo como un colador colándose a sí mismo» (pp. 612-13). El desamparo de Johnny, causado por aquello que persigue, es representado en una página memorable cuando, de rodillas, llora en silencio ante su hija.

Lo que contiene ese llanto, lo despliega el perseguidor Horacio Oliveira, el protagonista de *Rayuela*¹⁹, tal vez la figura más condensadora del intelectual del siglo XX. Horacio es depositario de la inmensa cultura de Cortázar, de su incansable lucidez y de sus infinitas búsquedas intentando explorar la amplitud de nuestro existir: el arte, el pensamiento, el lenguaje, el vivir²⁰. Más allá, busca el sentido de todo ello, pero cuestionándolo siempre, sin aceptar ninguna respuesta por temor a que sea equivocada, incluso si es fruto de riguroso análisis (nuevamente el racionalismo cuestionado por insuficiente). Cuestionar, como una exigencia de rigor, de autenticidad, que alcanza al propio lenguaje. Muchas veces se cierran las frases repentinamente, o con un rasgo de humor, porque parece que se desconfía de ellas, de lo aventurado o de lo previsible a que conducen. Con ello se intensifica la seriedad y se simboliza con el propio lenguaje la dificultad para obtener certezas. Al tiempo confirmamos el fondo de honestidad de las búsquedas cortazarianas.

La vasta cultura desplegada no es fardo inerte ni adorno erudito, es conocimiento vivo, instrumento de exploración. Al mismo tiempo, hace imposible una mirada ingenua sobre la realidad, esa pureza primigenia perdida, deseable para la vida, pero que «venía a ser un producto inevitable de la simplificación» (p. 207). La búsqueda central es de algo que Horacio Oliveira siente «al otro lado»²¹, nombrado como reino milenario o paraíso perdido o como hombre pleno, inalcanzable, como «ríos metafísicos» que él sólo puede mirar «desde el puente»; ríos en que la Maga, la otra protagonista, poseedora aún de la pureza primigenia, es capaz de «nadar».

Las búsquedas son simbolizadas mediante juegos numerosos. El juego tiene claves y reglas que ordenan el caos del vivir. Así que jugar da sentido a la vida. Por otra parte, los juegos son sin duda, en la novela, herencia de las vanguardias, pero no con su sentido intrascendente. Cortázar nos

¹⁹ Julio Cortázar, *Rayuela*, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 1984. Citaremos por esta edición.

²⁰ Todo ello estudiado minuciosamente, con rigor, admiración y complicidad, por Andrés Amorós en su edición de la novela (ver Bibliografía).

²¹ «De aquel, de este lado, de otros», no sólo tiene en la novela el significado espacial de los subtítulos, sino también un valor simbólico y metafísico.

recuerda el fondo mítico y sagrado del juego como intento de alcanzar algo. Y «alcanzar» o «llegar» es el propósito del juego de la rayuela, título y símbolo central de la novela que, como se sabe, consiste en empujar con el pie una piedrecita sobre casillas pintadas en el suelo hasta alcanzar la última, que es el cielo. O sea, para Cortázar, «el otro lado» (el kibbutz, otras veces), allí donde cobra sentido la vida («Se puede matar todo menos la nostalgia del reino», p. 542). Pero, por otra parte, «en el fondo sabía que no se puede ir más allá porque no lo hay» (p. 531). Así que para Oliveira el juego no tiene final y habrá que aceptar vivir jugando. No alcanza Cortázar una salida metafísica pero sí vital. Oliveira encuentra en el amor fraternal de Traveler y Talita un consuelo; es decir, la respuesta posible está en este lado, en los otros hombres, y toda esperanza, en la solidaridad humana: «caminar con pasos de hombre por una tierra de hombres hacia el kibbutz allá lejos pero en el mismo plano, como el Cielo estaba en el mismo plano que la Tierra en la acera roñosa de los juegos» (p. 369).

* * *

Mirando ahora hacia atrás, son muchos junto a Cortázar los autores hispanoamericanos que, por diversos caminos, han explorado libremente el significado del hombre y han confluído en la idea dolorosa de su soledad y su desamparo en el mundo; y son muchos también los que, golpeados contra ese muro, han vuelto su mirada a los hombres: aunque estemos solos, «no todo está permitido»; organicemos el juego, construyamos un mundo más habitable. El siglo XX, el del laicismo y del existencialismo generalizados, se ha esforzado como nunca en la historia en ordenar el caos social del hombre, en intentar el vallejianos desayuno de todos, en construir el cortazariano cielo en la tierra, y ha respetado, también como nunca, la libertad de la conciencia individual para afrontar el problema de la trascendencia. Un nuevo humanismo. Recordemos, a propósito, que el Sartre de «el hombre es un ser para la nada» defiende también el existencialismo como un nuevo humanismo. Y no otro mensaje que el de la solidaridad en medio del desamparo es el que nos envía Camus en *La peste*²², más con el doctor Rieux que con el padre Paneloux, pero ayudando, con fe o sin fe.

No hay que olvidar, desde luego, la presencia de una literatura hispanoamericana inclinada hacia la fe religiosa, incluso debatiéndola o acosándola de dudas, pero no se trata de la literatura nueva que caracteriza al siglo XX sino que se sitúa como heredera de una antigua trayectoria de siglos.

²² Albert Camus, *La peste*, Barcelona, Edhasa, 1998. Traducción de Rosa Chacel.

Al margen o dentro de los sistemas religiosos construidos en la historia, el hombre ha podido antes hallar una fe religiosa como respuesta al enigma de su existencia, o ha podido asumir sin inquietud una explicación estrictamente materialista que establezca los límites precisos, científicos, de su existencia: ambas son respuestas que ofrecen un equilibrio vital. Pero el pensamiento inquieto que vemos nacer en el a su vez inquietante siglo XX se sitúa al borde mismo de un abismo: no ha hecho afirmaciones sino que ha abierto interrogantes o mejor, ha hecho preguntas sin poder encontrar respuestas, tal vez más, a sabiendas de no poder encontrarlas. No puede renunciar a su mirada agnóstica, pero tampoco puede renunciar a su anhelo de trascendencia, aunque haya de ser siempre insatisfecho, aunque no dé al hombre sino conciencia de su desamparo en medio de un universo en el que parece estar solo. Esa será la grandeza trágica que revestirá al hombre, asumir ese doloroso destino, una tragedia que ha sido expresada incesantemente por el arte y la literatura del siglo XX.

Bibliografía

- Albadalejo, Tomás, et al., *El Modernismo*, Valladolid, Universidad, 1990.
- Amorós, Andrés, «Introducción» a *Rayuela*, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 1984.
- Cardwell, Richard A., «Los albores del Modernismo: ¿Producto peninsular o trasplante transatlántico?» *BBMP*, 51, 1985, pp.315-330.
- Cortázar, Julio, *Relatos (Bestiario, Las armas secretas, Final del juego, Todos los fuegos el fuego)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1970.
- Foulquié, Paul, *El existencialismo*, Barcelona, Oikos-tau Ediciones, 1973.
- Gullón, Ricardo, *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, Guadarrama, 1980.
- Madrigal, Luis I. et al., *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1999, 3ª ed.
- Martínez García, F., «Introducción» a *Poemas humanos*, Madrid, Castalia, Letras Hispánicas, 1987.
- Martínez, J.M., «Introducción» a *Azul.../ Cantos de vida y esperanza*, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 2002.
- Matamoro, Blas, *Rubén Darío*, Madrid, Espasa Calpe, Biografías, 2002.
- Navarro Tomás, T., «Ritmo y armonía en los versos de Darío», en *Los poetas en sus versos*, Barcelona, Ariel, 1982.
- Prini, Pietro, *Historia del existencialismo de Kierkegaard a hoy*, Barcelona, Herder, 1992.
- Salinas, Pedro, *La poesía de Rubén Darío*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

- Salvador, Álvaro, «Introducción» a *Azul.../ Cantos de vida y esperanza*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- Sartre, J.P., *El existencialismo es un humanismo*, Madrid, Edhasa, Los libros de Sísifo, 1999.
- Vallejo, César, *Poesía completa*, Edición de Antonio Merino, Madrid, Akal, 1997.
- *Los heraldos negros*, Edición de René de Costa, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 1998.
- *Trilce*, Edición de Julio Ortega, Madrid, Cátedra, 1991.
- Zuleta, Ignacio M., «Introducción» a *Prosas profanas y otros poemas*, Madrid, Castalia, Clásicos Castalia, 1987.
- *La polémica modernista*, Bogotá, Caro y Cuervo, 1988.



Anónimo: Portada del Evangelio de San Juan. Monasterio de Lindisfarne (hacia 700)